

ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podía muy bien disputar la primacía á la fe púnica (1).

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, seria menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo solo bajo la fe de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botín que codiciaba y con que acaso se había ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul (2).

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que había riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijón, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palantina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y averiado, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillaje que sus tropas ejercían y á que las excitaba él mismo, se hacía aplicar á sí la parte mas pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostrósese conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daría tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura; y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenía mas de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fe á sus buenas palabras. Mas apenas se habían establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el país, y acabar de hacer execrable el nombre romano (3). Las consecuencias las veremos despues.

¿Podría creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personajes; tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo á la Felicidad. Galba fué

(1) Appian. *ibid.*

(2) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

(3) App. De Bell. Hisp.

acusado ante el senado. El severo Caton que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó tambien al malvado pretor (4). Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos; y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolución de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecución de Galba.

CAPITULO II

Viriato

DESDE 150 ANTES DE J. C. Á 146

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—El genio por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio. Primer ardid de guerra. Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condiciones ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fábio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenía vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habían logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habían sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor alevé, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion, todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaído la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos que tantas veces habían experimentado, lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabría sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los mas pusilánimes y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolucion, púsolos en órden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo, se desbandaran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunírsele en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña maniobra, no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le

(4) *Caton... accusator assiduis malorum, Galbam octogenarium accusavit.* Aurel. Vict. in Cat.

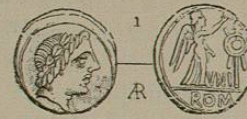
acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas, dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocian el terreno ni por lo pesado de sus armas podian darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio, el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tríbola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió este á recibirle; hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde habia dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habían quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salieron al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano (2), quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasion que Viriato recorría la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que habia empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Despues de esto Viriato repasa el Tajo, y va á acampar á un monte de olivos no lejos de Eborá (3), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea: aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó tambien por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitán de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que vencia en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir mas con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigido, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Visé una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.



CLAUDIO UNIMANO

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamada *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo tambien de Paulo Emilio, y hermano de

(1) Appian. De Bell. Hisp. pág. 490.

(2) Appian. De Bell. Hisp. pág. 490.

(3) Mariana le nombra el monte de Vénus.

aquel Escipion Emiliano, que por este tiempo destruía á Cartago (4).

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podian resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre tambien rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitán improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugarteniente de Fabio habían hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca



FABIO MÁXIMO

de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul habia bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos, siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo

(4) Vamos á referir sucintamente la ruina y destruccion de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 732 años de su existencia.

Por un motivo mas extraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por expresa condicion de un tratado solemne la ciudad habia de ser tratada con todo miramiento, los cónsules romanos, con insigne mala fe, resolvieron la destruccion de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pífida superchería, adoptaron la resolucion, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mujeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperacion la ciudad de los Hannon, de los Asdrúbal y de los Anibal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenia el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecia estar fatalmente ligada al nombre de Escipion en todas las guerras púnicas. Escipion Emiliano, el mismo que habia venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (146). Escipion tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis dias y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó á los piés del vencedor: su mujer con mas heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete dias estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipion hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que habia estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió este tambien el sobrenombre de *Africano*, aquel por haberla vencido, este por haberla arruinado.

Dícese que Escipion derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que á vista del estrago exclamó conmovido: «Llegará un dia en que caerán los sagrados muros de Ilion, de Príamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio qué entendia por Ilion y por la raza de Príamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba cómo los estados mas florecientes declinan y mueren segun agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipion, quince años despues fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que habia estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competia con Alejandría; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologias. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario habia ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. (*Hist. de Cartago.*)

había seguido en Italia con Aníbal (1), como si por otro Aníbal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregarse nuevas tropas, y mientras el cónsul hacia cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triecios, á los vacceos y á los celtíberos á una alianza y gene-

ral confederación contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria común. Acudieron unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoída.

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtíberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nerto-

CARABACA Y CONTREBIA (CARABAÑA Y ZOZITA DE LOS CANES)



briga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traición de su compatriota, colocaron á sus hijos en el lugar mas peligroso del muro donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso mas levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (2).

Hacia entre tanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía, despren-

(1) Cap. 4. lib. I del de esta historia.

(2) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Víctor y Patérculo. Atribúyese también al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traía y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: «*Quemaria yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenía parte.*»

díase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalación, y tenía á los romanos en perpetua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cimesios ó eunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habían sido sordos á la voz de la unión, levantada por Viriato, no se habían agrupado en derredor de aquel heroico jefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad ni acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni, á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosaran sus bandas lo que había sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava, pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de la localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecía ser la mas difícil de las obras la unión.

Mas ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Poreuna y Baeza). Manteníase por él Erisana (3). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como

(3) No hemos podido averiguar la situación de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podían ser ciudades en el sentido y significación que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo comun muchas de ellas á una aglomeración de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso mas pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido (1). Entonces convidó con la paz á Serviliano. Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la manzana aveve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasión para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situación no esperaría. Concertóse, pues, que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habría paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debía ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confío el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podía haberse elegido un hombre ni mas inepto como guerrero, ni mas malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que había sido pactado por su hermano mismo, y que había sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decía verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio mas de que la fe romana no rendía parias á la fe púnica, y de que Roma no marchaba por mas noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, había renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtíberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña había dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traición del mismo á quien no podía vencer con las armas. Vinole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometía, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna también de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato y hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes mas ilustres que España ha producido: así pereció para baldon perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedición entre sus tropas; nadie fué mas equitativo que él en la distribución del botín.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador

(1) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus:* dice Aurelio Víctor.

de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su traje, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envaneían, ni el alto puesto á que se elevó le ensobreció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festín, él ni soltó la lanza ni tomó mas sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país, que no fuera la España, apenas se comprendería que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y después soldado de montaña, llegara á hacerse, sin otra escuela ni instrucción que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á las mas poderosas de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que, dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (2).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su infame acción, respondiéndoles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su jefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobador su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

CAPITULO III

Numancia

DESDE 140 ANTES DE J. C. HASTA 122

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Infame rompimiento de esta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia y vergonzoso para Roma.—Rómpele el tratado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépidio.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalación.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situación de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperación de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtíbera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, había asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo también volver á sus casas á los segedanos á quienes había dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué también respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtíberos del partido de Viriato, como antes le habían dado á los de Segeda. Concluida

(2) El historiador inglés Dunhan compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos sería fácil encontrar copias mas exactas de este personaje.